

en el romance, la redondilla, o el ovillejo, alcanzando su más acabada expresión en el largo poema *El sueño*, donde procura la interpretación de la realidad y especula con su posible simbolismo. La poesía popular tuvo en sus villancicos, de ágiles ritmos y constancia de la presencia negra e india en la América colonial, a una cultivadora principal. Escribió, además, dieciocho loas, dos sainetes, tres autos sacramentales y dos comedias. Interesa *El divino Narciso*, con su combinación de mito griego y tema bíblico, Cristo-Narciso y la similitud entre los ritos de Huitzilopochtli y la eucaristía. Asimismo, llama la atención la irónica composición al estilo calderoniano, *Los empeños de una casa* y la modernidad del sainete entre el segundo y tercer actos de esta obra, donde los cómicos que la interpretan se burlan de los fallos de su autora. Indiscutible escritora mayor de la literatura latinoamericana de todos los tiempos; sin hipérbole, un genio.

Otra monja ilustre sobresalía en los albores del setecientos, la neogranadina Sor Francisca Josefa del Castillo, más conocida por la Madre Castillo, que sorprendió —dado su aislamiento de clarisa— con dos obras claves para conocer la religiosidad de su fe y la realidad de una época, *Vida y Afectos espirituales*. Penetrante y expresiva prosa de estados de ánimo beatíficos y éxtasis ascético, que le ha ganado el título de la mística de nuestras letras. Del resto de la literatura religiosa, escrita por mujeres, merece destacarse *Riego espiritual para nuevas plantas* de la colombiana Madre María Petronila Cuéllar, aunque la suya fuera más obra para adoctrinar a sus novicias que literatura.

La independencia de España y la constitución de las repúblicas abrían un siglo pletórico de posibilidades para los eufóricos latinoamericanos del XIX. La actividad literaria no podía ser ajena a esos sentimientos, que encuentran en el romanticismo el estilo correspondiente. La mujer criolla se duplica en la incorporación a la profesión de las letras. Bajo el ambiguo signo de la influencia neoclásica y el ánimo romántico escribe sus versos, *Canto fúnebre a la muerte de Diego Portales*, en 1837, la primera poetisa chilena, Mercedes Marín. Con sencillez de poeta hondamente lacerada, la boliviana María Josefa Mejía construía la elegía de sí misma, en *La ciega*. Más osada y armoniosa, otra boliviana, Adela Zamudio, lograba su hermoso libro de poemas en epístolas, *Intimas*. El trágico final de la ecuatoriana Dolores Veintimilla avalaba su arrebatado lirismo contra el medio social que la hostigaba, en *A mis enemigos*, y *Quejas*. Elegíaca impresionante, la cubana Luisa Pérez de Zambrana expresaba su dolor por los familiares desaparecidos, con especial sentido poético de la soledad, en *La vuelta al bosque*. Salomé Ureña de Henríquez resultaba una de las poetisas más apreciadas de la historia dominicana, gracias a su elevado tratamiento de temas civiles y patrióticos —*Ruinas*, *La fe en el porvenir*—, y su exaltación del hogar y la familia, *El ave y el nido*. Otras románticas consignables son la panameña Amelia Denis y la salvadoreña Ana Dolores Arias, la mexicana Laura Méndez, y la revolucionaria puertorriqueña que vivió en Cuba, Lola Rodríguez de Tió.

La prosa romántica facilitó la diversificación del género. Apareció la escritora de crónicas de viajes con la Condesa de Merlín, Mercedes Santa Cruz, quien redactaba, desde París, sus memorias sobre La Habana natal. Con las argentinas Juana Manuela Gorriti y Juana Manso se presentaba la novela de carácter histórico y político.

Ambas se referían a la dictadura del general Rosas en *La hija del mazorquero*, y *Los misterios del Plata*, respectivamente. También la Gorriti se incluía en el movimiento indianista con sus poetizaciones novelescas, *El tesoro de los Incas*, y *El pozo de Yocci*. Otras dos argentinas, Rosa Guerra y Eduarda Mansilla, insistían en el tema indígena imaginando el idílico romance entre Lucía de Miranda y su raptor aborigen. Tocaba a la boliviana Lindaura Anzoátegui iniciar un nuevo aspecto del tema indio, en *Huallparrimachi*, con el partidario de las ideas independentistas. También figuraba entre los iniciadores del costumbrismo su obra *Cómo se vive en mi pueblo*, de 1892. Pero la más significativa novela de corte indigenista resultaba *Ave sin nido*, de la peruana Clorinda Matto —publicada en 1889—, por su enérgica acusación contra la condición de explotados de sus protagonistas, que la convertía en precursora de la novela moderna de contenido social. Obras suyas son también *Tradiciones cuzqueñas*, que no son tan logradas como las de Ricardo Palma, y una biografía de *El Lunarejo*, además de otras novelas y relatos. Su compatriota, Mercedes Cabello, denunciaba la corrupción de la alta sociedad limeña en *Blanca Sol*, que ampliaba al ámbito de la vida rural en *Las consecuencias*, con un romanticismo que evolucionaba abiertamente hacia el naturalismo. Todavía bien adentro del siglo XX hallaremos novelistas de corte romántico, como la mexicana María Enriqueta, con su *Jirón de mundo*, de 1918, al estilo de las narraciones sentimentales de las hermanas Brontë. La autobiografía y la historia fueron otras de las modalidades de la prosa ejercidas por mujer. Marietta Veintimilla se distinguía por sus *Páginas del Ecuador*, y la cubana Aurelia Castillo, por sus estudios de los escritores contemporáneos.

El teatro comparecía lastrado de elocuencia y propensión al melodrama, carente de originalidad y verdadera grandeza románticas, además de ser de reducida producción en comparación con la novela y la poesía. *Los deudos reales*, de Carmen Hernández, con asunto y personajes de tragedia griega y tratamiento romántico, inauguraba el teatro puertorriqueño, en 1846, cuando todavía la Isla, a diferencia de los restantes países del continente, a excepción de Cuba, permanecía colonia hispana. El drama histórico *La cruz del Morro*, con reminiscencias del teatro clásico español, era la contribución de otra boricua, María Bibiana Benítez. Cabía a una guatemalteca, Vicenta Laparra, ser la primera escritora de teatro de la región centroamericana, con el estreno de la obra *Ángel caído*, en el año 1888; título de tan evidente melodramatismo como los de sus piezas posteriores: *La hija maldita*, y *Los lazos del crimen*. Queda la noticia, antes de terminar el siglo, de la existencia de dos autoras de comedias en Ecuador, la guayaquileña Carmen Pérez y la quiteña Mercedes González, de quien se conserva la pieza *Abuela*.

Sería Gertrudis Gómez de Avellaneda el símbolo más genuino de la centuria literaria decimonónica latinoamericana. Con su magnética personalidad y múltiple talento, igualmente brillante para los géneros poético y narrativo como para el dramático, creó la literatura, hecha por mujer, más acabada y meritoria de su tiempo. De naturaleza violenta, supo, no obstante, lograr la serenidad de espíritu suficiente, gracias a una esmerada educación en las normas de los clásicos, para moldear sus pasiones en arte. Lírica de resonancias tales que apenas asomada a la juventud se despedía de la patria con un soneto, *Al partir*, de cincelada creación, la criolla acertó

en cuanto poesía diferente abordó. La añoranza de la tierra natal le inspiró composiciones antológicas: *A un jilguero*, *La pesca en el mar*, *A la muerte de Heredia*, *Vuelta a la patria*, y fragmentos de la oda *A Su Majestad la Reina Isabel*, sobre todo luego de los arreglos que le hiciera durante sus años de regreso a Cuba. El amor fue tal vez su más constante motivo poético y a través del cual mejor expresó la variedad de sentimientos humanos. Recordemos la vehemencia de *A él*, la agonía de *Amor y orgullo*, el fatalismo de *Al destino*, *La pesadumbre*, en *Elegías*; el fervor religioso de *La cruz*, y el artístico, en *Al genio poético*. Y también a sus ansias de perfección estilística, proporcionadoras de sus poemas centrales, *Soledad del alma*, y *La noche de insomnio y el alba*, por las métricas y ritmos nuevos que proponen. Invenciones poéticas que, por un lado, la emparentan con Sor Juana y, por otro, la acercan al modernismo. En el teatro, sus triunfos serían aún más frecuentes. Escribió más de veinte piezas, entre originales y refundiciones; la mayoría, de vigorosa construcción e impactantes asuntos. Descolló tanto en la tragedia, el drama romántico, como la pieza de factura clásica. Entre las más notables figuran *Munio Alfonso*, *Saúl*, y la soberbia creación de *Baltasar*. Resultó insospechable autora de eficientes comedias, fuera poética (*La hija de las flores*), de intriga (*La verdad vence apariencias*), de enredos (*Oráculos de Talía*), de denuncia (*Los tres amores*), o de equivocaciones (*El millonario y la maleta*). A pesar de que en la novela no alcanzaba el nivel indicado en los anteriores géneros, al menos obtenía con las que escribió el mérito de prioridades temáticas: *Sab*, de 1841, quedaba registrada como la primera novela antiesclavista de América, y *Guatimoxín*, de 1844, disfrutaba de la misma primacía entre los indianistas. Otras: *Espatolino*, *Dolores*, *Dos mujeres*, y la fantasía histórica *El artista barquero*, no llegaban a la altura de las mencionadas. De los relatos que denominó leyendas interesan, en especial, dos: *El aura blanca*, tomada de una tradición cubana, y *El cacique Turmequé*, versión de una crónica incluida en *El Carnero*, del colombiano Rodríguez Freile.

Se cerraba el siglo XIX con la preponderancia modernista, que duraría dos decenas de años más dentro del XX. Las escritoras de entonces hallaban en la lucha del movimiento feminista por la liberación de la mujer sus temas entrañables. Delmira Agustini, desde Uruguay, se convertía en el foco poético del continente con su vibrante y sincero canto al amor libre de las trabas morales y sociales que lo transformaban en un hecho casi pecaminoso. Desde sus conmovedores poemas de *El libro blanco*, de 1907, hasta los más intensos, misteriosos, de erotismo, de la obra póstuma, *Los astros del abismo*, de 1924, la poetisa fulguraba entre las mejores del mundo. De matices más complejos, expositora de una sensibilidad hermética, la poesía de su compatriota, precursora del modernismo, María Eugenia Vaz Ferreira, se desarrollaba como producto de una dignidad que desprecia la codicia de que es objeto. Sus versos se apretaban en la colección, posterior a su muerte, *La isla de los cánticos*. Otra notable poetisa, la cubana Juana Borrero, fatalmente desaparecida antes de cumplir los veinte años, clamaba en escéptico y entristecido tono, en su perfilado soneto *Ultima rima*, por el amor exento de materialismos. Y otras no menos características de los ideales modernistas eran María Cruz, de Guatemala; Rosa Umaña Espinoza, de Nicaragua; Lola Taborga, de Bolivia; Winnet de Rokha, de Chile, y las